

La línea

La mujer de larga melena oscura y ondulada caminaba siguiendo la línea, descalza. Llevaba un vestido gris, vaporoso, que hacía que se le erizara el vello al filtrarse el viento a través de la fina tela. Pero en ningún momento intentó taparse con los lujosos ropajes que le ofrecían a uno y otro lado de la línea; desde un lado le ofrecían negros vestidos aterciopelados con bordados del color de la sangre, manos de oscuro granito insistían en tentarla con aquellos valiosos productos, mientras que en el otro lado eran marmóreas las manos que sostenían ostentosos ropajes blancos, suaves sedas con imposibles dibujos dorados que refulgían con un brillo antinatural.

Sin embargo, ella, impasible, mantuvo sus pies descalzos sobre la línea sin aminorar su paso. Caminaba entre dos mundos: uno, oscuridad total, el otro, luz cegadora y, entre ambos, una línea iluminada por una tenue luz y cuyo único contenido era una densa niebla que no dejaba ver el final del camino. ¿Sería infinito? Tal vez, pero sólo tenía una manera de averiguarlo. Después de haber caminado una eternidad aquella mujer estaba exhausta, dolorida y sedienta. Unas feas llagas le habían aparecido en los pies y sentía agudos pinchazos en los tobillos y las piernas, pero siguió avanzando.

Cuando creía que ya no podría dar un paso más, vio que la niebla se retiraba hacia los lados y la luz, aunque tenue, iluminó una hermosa puerta del más puro cristal, ornamentada con un fino hilo de plata que se retorció hasta llegar al centro de la misma, formando un pomo. Con sus piernas cansadas subió uno a uno los siete escalones transparentes que la separaban de la puerta y, una vez arriba, la abrió. Lo que vio allí la dejó sin aliento, era su paraíso. Si alguien le preguntase cómo era el edén que tenía ante sus ojos no habría podido encontrar palabras para describirlo, y sabía que debía ser así. Aquel lugar era suyo propio, personal e íntimo, y nadie más que ella tendría acceso a él.